

El Señor Hermes

*A mi hija por su incansable
espíritu de lucha*

Conocí al Señor Hermes en circunstancias fortuitas, vivió cerca de nuestra casa paterna. Hombre de aproximadamente unos setenta años, de contextura delgada, apariencia bien cuidada, con un leve estilo inglés; sereno, de habla segura y muy amable; acompañado siempre por un bastón con una hermosa escultura tallada en la empuñadura. En ocasiones lo solía ver en el café de la esquina leyendo o haciendo anotaciones en su libreta.

No contaré aquí la historia del Señor Hermes, solo me referiré en este relato a una experiencia muy significativa y a algunas conversaciones que tuve con él.

Era Julio de 1973 en Santiago de Chile. Yo había cumplido 18 años en un mundo convulsionado por la cultura, las artes, las ideologías, la política, el hipismo; los estudiantes reunidos en bares en busca de respuestas existenciales, las paredes de las calles con grafitis y pintadas con frases como “La imaginación al poder”, imágenes del Che Guevara, “Despierta”, “No a la guerra civil” y “Silo es bueno”.

Rodeado de esa atmósfera, me encontraba sentado en la cafetería disfrutando de un rico chocolate caliente en esa fría tarde invernal. Por la ventana veía caer suaves chubascos sobre los verdes cipreses que decoraban las tranquilas calles de nuestro barrio, dándole a la escena un marco muy poético.

Distraje un poco la mirada y alcancé a ver en una de las mesas al Señor Hermes con un libro. Para mi asombro, de Astrología. Una de las ciencias que me solían apasionar. Era el momento oportuno para charlar con él.

— ¡Buenas tardes Señor Hermes! Veo que nos gusta la misma literatura- Dije un poco tímido.

— Si lo dice por el libro, es muy poco para saber si nos gusta la misma literatura — me dice amablemente — Siéntese, si le gusta leer quizás algún día podría venir a mi casa y enseñarle algunos libros de mi biblioteca— mirándome con confianza.

Días después estaba emocionado, sentado al lado de aquel hombre misterioso. Su casa estaba decorada con muchos objetos y esculturas antiguas, muchas traídas de sus viajes por el mundo. Daba la sensación de estar en un antiguo museo. La biblioteca ocupaba gran parte de una de las paredes centrales de la casa con libros de arte, ciencia, astrología, historias de religiones, cuentos y novelas de todo tipo. El ambiente de esa enorme casa siempre olía a buen café -Hermes sabía mucho sobre esa infusión-.

Una tarde mientras conversábamos, me muestra unos manuscritos que tenía sobre su escritorio.

— Estos apuntes son parte de un libro que estoy escribiendo, contiene algunas experiencias y descubrimientos sobre la energía que habita en el vacío del universo. — me cuenta.

— ¿Es usted católico? — le pregunto.

—No, justamente ha sido la iglesia católica la que se ha encargado de tapar la verdadera enseñanza de conexión con la creación y con todo lo existente — me responde.

Esa noche me fui a casa pensando en sus palabras y en esos escritos que llamaron mucho mi atención. Me habían surgido ciertos cuestionamientos sobre mis creencias, ya que mis estudios primarios y secundarios los había realizado en colegios católicos.

Los días siguientes se convirtieron para mí en una experiencia casi mística con las constantes visitas a su casa. Sus conversaciones siempre estaban basadas en procedimientos y experiencias que habilitan la entrada a espacios profundos de la conciencia humana en busca del sentido. Uno de sus apuntes se refiere a esta extraña paradoja:

“El paisaje que vemos solo se expresa cuando es observado por la conciencia, no hay paisaje sin conciencia ni conciencia sin paisaje, es decir, no existe uno sin el otro.”

Luego descubrí que formaba parte del libro que él estaba escribiendo.

Yo depositaba toda mi confianza y complicidad al escuchar sus comentarios sobre observaciones de modelos del sistema ya gastados e inoperantes, desarmando posturas y fundamentos que no aportan al desarrollo y evolución del ser humano. Sólo el estudio de lo particular de la vida humana hará que el ser humano se dirija hacia un propósito mayor que oriente nuestros pensamientos, sentimientos y nuestras acciones, hacia una vida llena de sentido, profundizando en todas aquellas experiencias que nos inspiren y den sentido a nuestra vida, abriendo la posibilidad de dar un salto sobre toda creencia e ilusión de este aparente fragmento de la realidad. Son quizás todas estas reflexiones las que me han llevado hasta aquí, y a contarles esta experiencia perdurable hasta hoy en día.

Hubiese querido dejar de lado en ese tiempo muchas de mis creencias y valores de la época, pero aceptaba al mundo con mi mente anestesiada, llena de imágenes ingenuas e ilusorias. Seguramente hubiese podido hacer el camino más rápido a la comprensión de todas estas verdades, pero de todos modos aprendí cosas muy valiosas que me ayudaron tiempo después a salir del racionalismo ingenuo y retomar nuevamente estas reflexiones.

Tiempo después mi familia y yo nos mudamos de barrio, lo que me impidió ver por un largo tiempo al señor Hermes. Yo había entrado a la facultad, y mi tiempo pasaba estudiando grandes textos de psicología, tratando de entender el psiquismo humano.

La atmósfera del país estaba muy revuelta. El gobierno socialista estaba muy debilitado por las constantes amenazas de un golpe cívico militar.

Una tarde decidí volver a mi antiguo barrio, donde tenía muchos amigos que hoy están dispersos por diferentes países del mundo. Estaba muy entusiasmado por visitar nuevamente al señor Hermes y contarle mis reflexiones sobre sus comentarios y su libro.

El barrio estaba cambiado, incluso la casa del señor Hermes se encontraba cerrada. Sus plantas y su hermosa enredadera estaban secas y añejas por el paso del tiempo. Pensé que quizás se había mudado o estaba de viaje. En el café de la esquina no sabían nada sobre él, ya no estaban los mismos empleados de entonces; solo Manuel el dueño del bar me comentó que no conocía a Hermes y que nunca lo había visto por ahí.

Luego de varias averiguaciones, me enteré por el vecindario que la casa había estado deshabitada hacía más de veinte años y que allí nunca había vivido un tal señor llamado Hermes.

Estaba conmocionado por la situación que estaba viviendo. Había estado en esa casa muchas noches, incluso tenía el libro escrito por él en mis transpiradas manos. Me costaba integrar lo que estaba sucediendo, las imágenes pasaban velozmente por mi cabeza tratando de entender. La casa, el señor Hermes... ¿Habría sido un sueño? ¿Habría conectado y vivido un espacio en el tiempo que no podría descifrar ni traducir en palabras? No lo sé exactamente, pero tengo la experiencia vivida en mi memoria y el recuerdo de un hombre notable que pasó por los umbrales del tiempo dejando una señal de humanidad en los difíciles tiempos que me tocó vivir.

Al libro del señor Hermes todavía lo conservo. Sigue en mi biblioteca dando luz a aquellos gratificantes recuerdos vividos

Quizás mi mirada no pueda ir más allá de lo aquí contado, pero tengo la certeza de que esta experiencia y este gran regalo que a veces nos brinda la vida, nos conecta con tiempos, espacios y registros no habituales de la conciencia humana.

Hoy estoy aquí con sesenta y siete años, en este cuerpo que me porta y con los profundos recuerdos de esta gran experiencia vivida; transmutando entre millones de vidas y estrellas, en este gran tejido universal.

Pedro C.

Buenos Aires, San Telmo, Julio 2020.